

## REVISIÓN CRÍTICA DEL NATURALISMO. ACTUALIZACIÓN DE UN DEBATE HISTÓRICO

ÓSCAR BARRERO PÉREZ  
Universidad Autónoma de Madrid

Los últimos años registran la resurrección de un debate, el del naturalismo, que hacia 1880-90 hacía latir con velocidad los corazones de escritores y críticos de la época<sup>1</sup>, y que hoy solo es materia de análisis emocionalmente distante. La celebración de los congresos internacionales de Cerisy, Nantes, Varsovia, Catania y Toulouse (en 1976, 1982, 1984, 1986 y 1987<sup>2</sup>), dedicados al análisis del naturalismo del pasado siglo, habla del interés que hoy sigue despertando el tema que entonces apasionó en tan alto grado. Interés, por cierto, refrendado por la publicación, en 1988 y 1989, de los números monográficos de las revistas *Iris*, *Letras Peninsulares* e *Ínsula*<sup>3</sup> y por el

---

<sup>1</sup> Eduardo López Bago escribía en 1884, aludiendo al naturalismo, que «la polémica [...] va revistiendo ya los caracteres de reñida lucha, en que está concentrado todo el interés de los literatos españoles. En el Ateneo, en los saloncillos de los teatros, en las Academias y hasta en las mesas de los cafés, no hablamos de otra cosa» («Naturalistas e idealistas. Contestación a una carta del señor don Víctor Balaguer», *La Ilustración Militar*, 20 jul. 1884, pág. 456). Si nos retrotraemos a tiempos más próximos resultará también posible localizar muestras de ardor combativo como la de Pierre Cogy en su libro de 1953 *Le naturalisme* (he consultado la 4ª edición, de 1968; París: Presses Universitaires de France).

<sup>2</sup> Las actas del primero se publicaron en 1978 (*Le naturalisme. Colloque de Cerisy*, París: Union Générale d'Éditions); las del tercero, en 1984 (Yves Chevrel (ed.), *Le naturalisme en question*, París: Universidad de París-Sorbona); las del cuarto, en 1988 (*Naturalismo e verismo. I generi: poetiche e technique*, Catania: Fundación Verga); las del quinto, con Yvan Lissorgues como editor, en el mismo año (*Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona: Anthropos).

<sup>3</sup> Número monográfico sobre el naturalismo, en *Iris* (Montpellier), 1988/1; «Reaproximación al naturalismo español», *Letras Peninsulares*, nº 5 (prim. 1989); «El estado de la cuestión. El naturalismo en España», *Ínsula*, nº 514 (oct. 1989).

rescate de las reseñas de *La desheredada* galdosiana<sup>4</sup> y de un prólogo de Jacinto Octavio Picón a una olvidada novela naturalista de Martín Lorenzo Coria<sup>5</sup>. Basta pasear la mirada por el completísimo artículo de Yves Chevrel incluido en las Actas del citado congreso italiano<sup>6</sup> para percatarse de la abundancia de datos e interpretaciones a que en los últimos años ha dado origen el tema.

El enjuiciamiento del naturalismo ha merecido durante los algo más de cien años que se han cumplido a partir de su orto valoraciones diversas que han corrido parejas con la evolución de la crítica literaria. Así, en aquellos años previos al cambio de siglo la valoración del naturalismo como tendencia literaria fue inseparable de la interpretación ideológica, siempre anterior al propio texto. Y ello no solo en la geografía española, sino en otras por las que se extendió la marea propagada desde Francia. Lo recuerda Brian Nelson:

The debates surrounding naturalism had, at bottom, a political and ideological dimension. They were really debates about the challenge posed to accepted political and religious assumptions by the new scientific and analytical temper of the age, and about the defensibility or otherwise of hierarchical models of social and moral organization<sup>7</sup>.

Las citas extractadas por quienes se han dedicado al rastreo de tales opiniones inmediatas obligan a coincidir con José Manuel González Herrán en su afirmación de que, salvo aisladas excepciones, predominaron entonces «la confusión terminológica, la falta de información, la pobreza argumental, los prejuicios ideológicos y estéticos, la mezcla indiscriminada de dictamen estético y prédica moral»<sup>8</sup>.

La búsqueda de datos históricos de carácter positivista en la que Gifford Davis<sup>9</sup>, Ferdinando Roselli<sup>10</sup>, Walter T. Pattison<sup>11</sup> y, posteriormente, Luis Ló-

<sup>4</sup> Cf. Ignacio Javier López, «En torno a la recepción del naturalismo en España (José Ortega Munilla, Leopoldo Alas, Tomás Tuero, Luis Alfonso y las reseñas de *La desheredada* de Galdós)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxix (1991), págs. 1005-23.

<sup>5</sup> Cf. Laureano Bonet, «El naturalismo en España: un texto olvidado de Jacinto Octavio Picón», en vv. AA., *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Barcelona: PPU-Universidad de Barcelona, 1989, II, págs. 73-88.

<sup>6</sup> «État present des études sur le naturalisme», en *Naturalismo e verismo*, I, págs. 39-78.

<sup>7</sup> «Introduction» a *Naturalism in the European Novel. New Critical Perspectives*, Nueva York-Oxford: Berg, 1992, pág. 5.

<sup>8</sup> En Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, Barcelona: Anthropos, 1989, pág. 20.

<sup>9</sup> «The Critical Reception of Naturalism in Spain before *La cuestión palpitante*», *Hispanic Review*, xxii (ab. 1954), págs. 97-108; del mismo autor, «The *coletilla* to Pardo Bazán's *La cuestión palpitante*», *ibid.*, xxiv (en. 1956), págs. 50-63.

<sup>10</sup> Cf. *Una polémica literaria in Spagna: il romanzo naturalista*, Pisa: Universidad, 1963.

<sup>11</sup> Cf. *El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario*, Madrid: Gredos, 1965.

pez Jiménez<sup>12</sup> se mostraron tan diligentes situó el tema en los límites del estudio científico. Contábamos ya, desde los años sesenta (y aun antes, si recordamos aportaciones acotadas, como la de Davis), con lo más sustancial de la información, repetida (Eduardo Godoy Gallardo<sup>13</sup>) o en trance de ser interpretada (José Antonio Gómez Marín<sup>14</sup>) en los años setenta<sup>15</sup>.

La conferencia que puso el broche final al Congreso de Toulouse era mucho más que un mero resumen de aportaciones anteriores. En ella Gonzalo Sobejano hablaba ya de «El lenguaje de la novela naturalista», enumerando un conjunto de notas formales distintivas que podrían servir de base para un estudio global de más amplias miras que supere el número de las seis obras diseccionadas en el trabajo<sup>16</sup>.

Parece, pues, que el tema del naturalismo español se encuentra en una nueva fase del análisis crítico, en la que se detecta un progresivo interés por acceder a tres espacios complementarios. En el primero de ellos se situaría ese intento de acotación formal a que aludía hablando de la ponencia de Sobejano. Se trata en un caso como este de partir de lo individual (el estudio de la obra concreta) para llegar a lo general (los rasgos definitorios del naturalismo globalmente entendido). Es la aplicación a lo formal de un procedimiento seguido no hace tantos años por Juan Oleza para lo temático. La diferencia entre uno y otro acercamiento es que el primero atiende en mayor medida la autosuficiencia estética del texto, mientras que el segundo presta atención sobre todo al contexto, para deducir de la lectura de la novela naturalista unas consecuencias de orden sociológico. El naturalismo es para la interpretación de Oleza «la expresión de una cierta burguesía liberal, de una vanguardia burguesa»<sup>17</sup>; en definitiva, un paso más en un proceso histórico que conduce el equilibrio propio del realismo a un callejón sin salida que deviene desengaño y que literariamente se manifiesta en forma de naturalismo.

El segundo gran espacio crítico abierto en estos últimos años ha ido ensanchando sus fronteras, originando una reorientación de los estudios sobre

<sup>12</sup> Cf. *El naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid: Alhambra, 1977.

<sup>13</sup> Cf. «El movimiento naturalista y la crítica española del siglo XIX», *Mapocho*, nº 23 (1970), págs. 55-70.

<sup>14</sup> Cf. varios de sus artículos en *Aproximaciones al realismo español* (Madrid: Miguel Castellet, 1975), en especial «Zola y el naturalismo en España», «Emilia Pardo Bazán: el paisaje como ideología» y «Tres notas sobre Galdós».

<sup>15</sup> Nada nuevo se dice en el artículo de Marie Roig Miranda «Le roman naturaliste en Espagne», publicado en el libro colectivo *Hommage à Nelly Clemessy* (Niza: Université de Nice-Sophia Antipolis, 1993), II: «Les caractères de ce roman naturaliste sont ceux d'un naturalisme atténué dans ses positions philosophiques et politiques» (págs. 445-46).

<sup>16</sup> En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, págs. 583-615.

<sup>17</sup> *La novela del siglo XIX. Del parto a la crisis de una ideología*, Barcelona: Laia, 1984, pág. 36.

el naturalismo. Aludo a la apenas iniciada remoción de tópicos y prejuicios hasta no hace mucho sólidamente asentados en la historia de la literatura española. Buena prueba de esa tendencia son las comunicaciones de Brian J. Dendle<sup>18</sup>, Nelly Clemessy<sup>19</sup> y González Herrán<sup>20</sup> en el congreso de Toulouse. Las bases de dos de los pilares del edificio naturalista, *La desheredada*, de Pérez Galdós, y *La tribuna*, de Pardo Bazán, fueron sometidas a juicios que arrojaron en los tres casos sentencias distintas de las habituales. Si Dendle rechazaba la ruptura de la primera de las novelas citadas con respecto a lo escrito hasta entonces por Galdós, negando, por «insostenible»<sup>21</sup>, la tesis de que el escritor canario adoptara en 1881 los métodos de Zola, González Herrán hacía ver, coincidiendo en su conclusión con Clemessy, el enlace del libro de Pardo Bazán con un romanticismo en el que el pretendido afán documental no sería otra cosa que costumbrismo; la historia, folletín más que fragmento de vida; y la supuesta objetividad impersonal, en el fondo sá-tira tendenciosa.

En muy pocos años, los que median entre 1977 (cuando Mercedes Etreros afirmaba que *La tribuna* era «una de las pocas» novelas españolas afines al experimentalismo de Zola<sup>22</sup>) y el momento actual, el planteamiento de la crítica se ha modificado muy sustancialmente, aunque una parte de ella sigue defendiendo las viejas tesis de Donald Fowler Brown, que en 1957 sostenía que Pardo Bazán «was a naturalist»<sup>23</sup>. Las interpretaciones tradicionales hablan de «naturalismo católico» o «a la española» (Fernando J. Barroso<sup>24</sup> y Carmen Bravo Villasante<sup>25</sup>), de «naturalismo español» (Matilde Albert Robatto<sup>26</sup>), e incluso de «naturalismo social» (Pércio B. de Castro, jr.<sup>27</sup>). Pa-

<sup>18</sup> «Galdós, Zola y el naturalismo de *La desheredada*», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, págs. 447-59.

<sup>19</sup> «De *La cuestión palpitante* a *La tribuna*: teoría y praxis de la novela en Emilia Pardo Bazán», *ibid.*, págs. 485-96.

<sup>20</sup> «*La tribuna*, de Emilia Pardo Bazán, entre romanticismo y naturalismo», *ibid.*, págs. 497-512.

<sup>21</sup> Art. cit., págs. 455 y 454, respectivamente.

<sup>22</sup> «El naturalismo español en la década de 1881-1891», en María Isabel Montesinos, M. Etreros y Leonardo Romero, *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid: CSIC, 1977, pág. 81.

<sup>23</sup> *The Catholic Naturalism of Pardo Bazán*, Chapel Hill: Universidad de Carolina del Norte, 1957, pág. 155.

<sup>24</sup> *El naturalismo en la Pardo Bazán*, Madrid: Playor, 1973, pág. 178.

<sup>25</sup> «El naturalismo a la española de *Los pazos de Ulloa*», en Marina Mayoral (coord.), *Estudios sobre «Los pazos de Ulloa»*, Madrid: Cátedra-Ministerio de Cultura, 1989, pág. 77.

<sup>26</sup> «*Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* son dos dignos ejemplos del naturalismo español» (*Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán: afinidades y contrastes*, La Coruña: Do Castro, 1995, pág. 169).

<sup>27</sup> Cf. *De la Península hacia Latinoamérica. El naturalismo social en Emilia Pardo Bazán*, Eugenio Cambacérès y Aluísio de Azevedo, Nueva York: Peter Lang, 1993. Al estudiar el pretendido natu-

recen más fundadas las ideas expuestas por Maurice Hemingway y Darío Villanueva en sendos trabajos en que se cuestionaba (en 1983 y 1984, respectivamente) el naturalismo de *Insolación* y *Los pazos de Ulloa*<sup>28</sup>. Es inevitable, además, recordar la rotunda afirmación de Mariano Baquero Goyanes, según el cual *La madre naturaleza* «es uno de los más artificiosos y menos *naturalistas* relatos del siglo XIX»<sup>29</sup>. O, después, la tesis de Claire Nicolle Robin, que estudiando *Le naturalisme dans «La desheredada» de Pérez Galdós* había llegado a la conclusión de que «on peut dire qu'il n'y a pas de théorie naturaliste chez Galdós, mais une pratique naturaliste»<sup>30</sup>.

Falta hablar de un tercer espacio crítico, lindante con teorías sociopolíticas de moda (sobre todo en Estados Unidos) en el final de siglo. Es este un espacio cuya atractiva presentación actual viene favorecida por el auge de un pensamiento político que ha hallado su proyección literaria en la palabra *ginocrítica*. El libro de Mary Lee Bretz *Voices, Silences and Echoes* ejemplifica la aportación a nuestro tema del feminismo norteamericano, proclive a la lectura ideológica y poco propicio a la estética<sup>31</sup>.

Es obligado partir del naturalismo de Zola para tratar del español. Pocos casos en la historia de nuestra literatura mostrarán de manera tan clara como este la interrelación entre sucesos históricos acaecidos en diferentes países.

---

ralismo de la novelista gallega en sus cuentos, Lou Charnon-Deutsch se limita a constatar la variedad de registros, incluso dentro del mismo libro («Naturalism in the Short Fiction of Emilia Pardo Bazán», *Hispanic Journal*, 3/1 (1981), págs. 73-85).

<sup>28</sup> M. Hemingway, *Emilia Pardo Bazán. The Making of a Novel* (Cambridge: Universidad, 1983), especialmente pág. 16; y D. Villanueva, «Los pazos de Ulloa, el naturalismo y Henry James», *Hispanic Review*, LII (1984), págs. 121-39. Los dos han insistido en la idea más recientemente: para la primera, «the novels usually considered to be her most naturalist, far from being directed toward the conclusive demonstration of a thesis, are in fact structured on uncertainty» («Emilia Pardo Bazán: Narrative Strategies and the Critique of Naturalism», en B. Nelson (ed.), *op. cit.*, pág. 136); el segundo llega a hablar del «antinaturalismo de *Los pazos de Ulloa*» (en M. Mayoral (coord.), *Estudios*, pág. 29). El título del artículo de Carlos Feal Deibe, «Naturalismo y antinaturalismo en *Los pazos de Ulloa*» (*Bulletin of Hispanic Studies*, III (1971), págs. 314-27), es desorientador: ninguna observación puede extraerse de él sobre el tema aparentemente propuesto.

<sup>29</sup> *La novela naturalista española: Emilia Pardo Bazán*, Murcia: Universidad, 1986, pág. 75.

<sup>30</sup> *Le naturalisme dans «La desheredada» de Pérez Galdós*, París: Les Belles Lettres, 1976, pág. 77.

<sup>31</sup> El punto de partida de la autora queda resumido en estas frases de la pág. 8: «Naturalism is not a purely *aesthetic* question nor is it a largely *literary* matter with secondary *religious* or *aesthetic-philosophical* considerations. [...] The individuals who intervene in the various literary debates are generally active in politics and can almost never be defined solely as *literary writers*» (*Voices, Silences and Echoes. A Theory of the Essay and the Critical Reception of Naturalism in Spain*, Londres: Tamesis, 1992). Lo cual no obsta para que haya que reconocer que, como escribe Eamonn Rodgers, «the reaction to naturalism in Spain tells us less about literature than it does the deep ideological divisions within Spanish society» («The Reception of Naturalism in Spain», en B. Nelson (ed.), *op. cit.*, pág. 134).

Toda aproximación al naturalismo divulgado entre nosotros en los años ochenta que margine las referencias francesas será incompleta.

Apenas me detendré en datos de dominio común: la afirmación pre-naturalista incluida por los hermanos Goncourt en el prólogo de *Germinie Lacerteux* (1864); la existencia de un primer artículo de Charles Bigot fechado en 1876 y publicado en *Revista Contemporánea*, artículo que dio a conocer en España el naturalismo de allende los Pirineos; la inexistencia de mención alguna al movimiento en ese *Discurso sobre la moral en el arte* con que un año después Alarcón ponía el pie en la Real Academia y que, por su tema y enfoque, tan bien se prestaba a la alusión directa; la misma ausencia, y en el mismo año, en otro artículo igualmente propicio para el tratamiento del asunto, como lo era «La tendencia docente en la literatura contemporánea», de Manuel de la Revilla, precisamente el autor del que ha sido considerado el primer estudio serio aparecido en nuestro país sobre lo que poco tiempo después habría de ser *la cuestión palpitante* («El naturalismo en el arte», artículo publicado en 1879 en *Revista de España*); las traducciones, en 1879, de un cuento de Zola publicado en *Revista Contemporánea*, y en 1880 de varias novelas del autor francés (una de ellas, *La taberna*, por partida doble), todo ello muy poco antes del célebre debate en el Ateneo madrileño sobre el tema.

Henri Mitterand nos recuerda que la palabra *naturalismo* la utilizó Zola ya en 1866<sup>32</sup>, aunque su existencia fuera muy anterior. Son éstos años en que Zola pretende abrirse camino en la selva literaria. Francisco Caudet viene a afirmar que la creación de esta escuela que se pretende nueva con respecto a las anteriores podría explicarse parcialmente con este enunciado: «Zola se preparaba para, afirmando su personalidad y su temperamento, diferenciarse de los demás y tener, así, su parte de protagonismo y dominio en la sociedad»<sup>33</sup>.

No es difícil determinar la equivalencia entre ese punto inicial y otro de nuestra geografía: la condesa de Pardo Bazán, legítimamente deseosa de hacerse con un espacio propio en nuestra literatura, alza su voz «belicosa» (así la define en su prólogo a la cuarta edición de *La cuestión palpitante*), con objeto de hacer notar su presencia. Nada más a propósito para conseguir su objetivo que unirse al carro naturalista que ya en torno a 1880 comenzaba a ser objeto de atención o preocupación, según los casos.

Volvamos a Zola. En 1868 se ha atrevido (segunda edición de *Teresa Raquin*) a desgajar su *naturalismo* de los troncos romántico y realista, situándolo

<sup>32</sup> «Les trois langages du naturalisme», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, pág. 22.

<sup>33</sup> Zola, Galdós, Clarín. *El naturalismo en Francia y España*, Madrid: Universidad Autónoma, 1995, pág. 38.

lo en plano de igualdad con respecto a ellos. ¿Qué mejor idea que ampliar el espacio con objeto de que hallen cabida en él otros autores, y así eludir el peligro de que llegue a identificarse el naturalismo con su propia persona? De ahí sus frecuentes referencias a ese plural «nosotros, escritores naturalistas», que tan poco dice al historiador. Y no solo al actual, sino también al que enjuició el fenómeno de manera inmediata. Basta repasar los nombres incluidos por Ferdinand Brunetière en su capítulo «Les petits naturalistes», incluido en la segunda edición de su libro sobre Zola y su escuela (1892), para percatarse de que los nombres a ella adscritos son figuras secundarias o bien creadores demasiado personales (Maupassant, por ejemplo) para admitir el fácil encuadramiento<sup>34</sup>.

Sin embargo, en la «Carta a la juventud» fechada en mayo de 1879 y reproducida por Laureano Bonet en su edición de los escritos de Zola hay ya una muestra de esa ampliación del concepto de *naturalismo*<sup>35</sup>, ampliación que reitera en la misiva enviada por él al traductor al francés de *La papallona*, de Narcís Oller (carta fechada el 15 de octubre de 1885); una ampliación, en fin, no muy certera, si hemos de ceñirnos a la realidad española, porque el naturalismo francés fue para nuestros escritores Zola, y prácticamente nada más. Tal vez el propio novelista francés era consciente de su voluntaria manipulación de los datos de la realidad cuando justificaba (muy poco convincentemente, por cierto) la inexistencia de escuela naturalista y la falta de jefe de esta por el hecho de que la tendencia dejaba «campo libre a todas las individualidades»<sup>36</sup>.

Si, como han puesto de manifiesto David Baguley y Colette Becker, la existencia del naturalismo como tal corriente organizada es discutible en el ámbito francés<sup>37</sup>, resulta evidente que nunca pudo hablarse en España de un grupo organizado, aunque sí de una novela, *La desheredada*, y de un autor,

<sup>34</sup> Cf. *Le roman naturaliste*, París: Calmann Lévy, 1892. Hans Hinterhäuser afirma: «En el fondo, el naturalismo francés fue una corriente nutrida por un solo hombre. Zola tenía una fuerte tendencia ingénita a formar y guiar grupos, pero los dirigía luego de forma tan aplastante que todos los talentos le abandonaban antes de palidecer a su sombra» («Notas sobre el naturalismo de antaño y de hogaño», en vv. AA., *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Castalia, 1994, iv, pág. 210).

<sup>35</sup> É. Zola, *El naturalismo*, Barcelona: Península, 1989, pág. 107.

<sup>36</sup> «Carta a la juventud», en *El naturalismo*, pág. 99.

<sup>37</sup> «If [...] we look at the same relations from the point of view of a number of detailed, well-researched studies of individual naturalist writers, the sense of unity virtually disintegrates» (D. Baguley, *Naturalist Fiction. The Entropic Vision*, Cambridge: Universidad, 1990, pág. 20; adaptación al francés: *Le Naturalisme et ses genres*, París, Nathan, 1995). «Le mouvement naturaliste n'a jamais constitué une école au sens strict du terme. Quelques grandes dates, publications ou événements ponctuent l'histoire d'un groupe fluctuant, qui se fait et se défait au gré des amitiés et des inimitiés, rassemblé non par une doctrine rigoureuse, mais par quelques grands principes» (*Lire le Réalisme et le Naturalisme*, París: Dunod, 1992, pág. 60).

Galdós, enarbolados como banderas victoriosas por quienes saludaron el inicio de una nueva etapa.

Zola podía ser consecuente (y aun eso terminó siendo inviable) con sus teorías, pero era mucho más difícil que los escritores españoles de la época asumieran en bloque sus presupuestos. Piénsese en la esquizofrenia literaria de Pardo Bazán, admiradora de la figura de Zola, *creyente* en sus teorías, pero incapacitada para llevarlas a la práctica porque sus principios religiosos no se lo permitían.

Entre los inicios de la primera campaña de Zola en defensa de sus ideas (1866) y la publicación de *La taberna*, diez años más tarde, el escritor francés no había disfrutado de ninguna oportunidad de resucitar un concepto, *naturalismo*, que parecía muerto antes de nacer. Pero a la postre, el empeño de Zola por hacer pasar por tendencia lo que no dejaba de ser una creación fuertemente personal habría de dar un resultado positivo. Los estudios zolianos más recientes son claros al respecto: en palabras de Mitterand, «le naturalisme n'est pas le discours d'un groupe, d'une école, mais celui d'un seul homme»<sup>38</sup>.

Las explicaciones de que el naturalismo calara tan profundamente en el cuerpo literario español son varias. Por un lado, la perspicacia de Pardo Bazán al convertir en *cuestión palpitante* lo que era un debate de mediana intensidad mantuvo vivo el fuego de la discusión. Por otro, la propensión al exceso de un cierto número de escritores de tercera fila alimentó la llama del escándalo. Pero la chispa no hubiera prendido si la criatura naturalista llegada a España no se hubiera encontrado suficientemente desarrollada para valerse por sí misma.

El tercer motivo es la muy fuerte influencia cultural ejercida por Francia en estos años. Los novelistas españoles de entonces conocían lo más importante de lo publicado en Francia. No hace falta recurrir a las cuantiosas referencias (no todas de primera mano, y muchas de procedencia ajena no reconocida) insertadas por Pardo Bazán en su serie de artículos sobre el naturalismo para reconocer la amplitud de miras geográficas con que trabajaban los escritores españoles de la época. Zola, pues, era ya nombre muy familiar para ellos incluso antes de ser traducido al español<sup>39</sup>.

Pese al origen extranjero de la nueva manera de escribir, desde el primer momento el debate se trasladó a la tradición literaria española. Son co-

<sup>38</sup> Art. cit., pág. 24.

<sup>39</sup> Cf., para un período concreto, y solo a efectos enumerativos, Claire Hue Fanost, «Traductores españoles de las novelas de Emilio Zola», en vv. AA., *Fidus interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción*, León: Universidad, 1989, II, págs. 338-43.



nocidos los intentos de *nacionalizar* el naturalismo hasta el punto de entroncarlo con la picaresca de siglos atrás. Federico Moja y Bolívar, Urbano González Serrano, Pérez Nieva, entre los críticos, y José Ortega Munilla, Galdós, Valera y, por supuesto, Pardo Bazán, entre los escritores, son algunos de los nombres insoslayables a la hora de recordar los intentos que en España se realizaron por *desnaturalizar* la nueva tendencia. ¿Desnaturalización o apropiación?, cabría preguntarse<sup>40</sup>.

Ya a Oleza le pareció muy digna de interés esa obsesión de los escritores y críticos de la época por vincular el naturalismo con nuestra tradición literaria. A sus explicaciones pueden añadirse al menos dos notas. Sobre una de ellas algo ha dicho ya Caudet al recordar que el nacionalismo lo muestran tanto los defensores del naturalismo como sus detractores:

Se empezó a tomar conciencia de que España dependía culturalmente de Francia. Todo lo cual explica que aparecieran unos mecanismos compensatorios, tendentes a potenciar la idea de que existía una tradición realista autóctona, en la que irónicamente se hallaban articuladas las bases de la *escuela naturalista* francesa. ¿Quién influía a quién? ¿De quién era la dependencia cultural? Así las cosas, en la querrela naturalista se introducía un factor nacionalista<sup>41</sup>.

El hecho de que unos y otros hicieran causa común en torno al nacionalismo parece indicar un arraigo en lo patrio mayor que el que podía engendrar una referencia foránea como la de Zola<sup>42</sup>. Que los antinaturalistas volvieran sus ojos a la tradición es natural; que lo hicieran también sus contrarios, cuando menos curioso.

En su «Carta a la juventud» Zola asume que su patria ha reinado «durante mucho tiempo sobre las naciones», para terminar haciendo profesión de fe de un nacionalismo próximo al patriotismo exaltado al que tanto se acercan algunos textos sobre la cuestión naturalista aparecidos por entonces en España: «Que la juventud francesa me comprenda, esto es el patriotismo.

<sup>40</sup> Esta afirmación de Hans Jörg Neuschäfer admite importantes matizaciones: «El naturalismo español, aunque con algún retraso, ya no nos parece tan distinto al de otros países europeos» («Apuntes para una historia social del naturalismo español: la imagen del pueblo desde Galdós hasta Blasco Ibáñez», en *VV. AA., Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, Toronto: Universidad, 1980, pág. 519).

<sup>41</sup> «La querrela naturalista. España contra Francia», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, pág. 64.

<sup>42</sup> «Una vez sancionada la genealogía literaria, el recurso siguiente radica en reivindicar la especificidad de la práctica hispana, caracterizada —arguyen— por la impronta católica del espíritu nacional que aleja nuestras novelas del determinismo fatalista y el pesimismo estéril de los autores galos» (Pura Fernández, «Orígenes y difusión del naturalismo: la especificidad de la práctica hispana», *Revista de Literatura*, n.º 115 (en-jun. 1996), pág. 109).

Solo aplicando la fórmula científica podrá tomar de nuevo algún día la Al-sacia y Lorena»<sup>43</sup>.

En autores como Galdós o Pardo Bazán la idea de la inferioridad de la España cultural de hacia 1880 con respecto a Francia es constante. El primero se congratula de que por fin España cuente con una novelística parangonable con la de Zola, e incluso acepta que se la denomine *naturalista*, porque (subrayo la consideración) de otro modo nos veríamos obligados a reconocer la primacía francesa. En su prólogo a la segunda edición (1901) de *La Regenta* el escritor canario llega a hablar de imposición francesa de una reforma «de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra»; «aceptémosla», admite por último; eso sí, injertándole humorismo y recuperando la tradición cervantina. Es el propio Galdós quien reconoce, en el mismo texto, que «Francia, poderosa, impone su ley en todas partes; nosotros no somos nada en el mundo, y las voces que aquí damos, por mucho que quieran elevarse, no salen de la estrechez de esta pobre casa».

Sumar esas débiles voces a otras más potentes, las escuchadas en el país vecino, podía devenir fruto granado. Solo por el hecho de conseguir un mayor número de lectores para la novela española de la época se habría ganado algo gracias al debate. El recurrir a la tradición (sobre todo, a la picaresca) para justificar el naturalismo no era únicamente una añagaza endulzadora, sino también una reacción autodefensiva. El sentimiento de peligro ante el *agresor* es palpable en las palabras de Pardo Bazán en *La cuestión palpitante* cuando habla de «nosotros, los del lado acá del Pirineo», como «satélites —mal que nos pese— de Francia»<sup>44</sup>. En la escritora (es otro reflejo de la disociación permanente de su pensamiento) la admiración se une al repudio moral. Reconoce con las palabras anteriores la superioridad cultural de Francia, pero no deja de señalar que en el país vecino hay «males que por acá, a Dios gracias, aún no nos afligen», porque «a Dios gracias, nuestras últimas capas sociales se diferencian bastante de las que pintan los Goncourt y Zola»<sup>45</sup>. Una afirmación como esta merecería ser recordada cuando de estudiar el supuesto naturalismo de Pardo Bazán se tratase, porque parece claro que tras ella late un humanitarismo de raíz cristiana que alejaría considerablemente su obra del pensamiento de Zola.

No podía ocultarse el peso de la literatura francesa, pero sí podía minimizarse su influencia. Súmese a esto la idea, sin duda muy extendida por en-

---

<sup>43</sup> En *El naturalismo*, págs. 107 y 108, respectivamente. Este altisonante comentario de Zola provocó las burlas de F. Díaz Carmona en una tan extensa como feroz diatriba («La novela naturalista», *La Ciencia Cristiana*, mar-dic. 1884).

<sup>44</sup> *La cuestión palpitante*, pág. 66.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 327.

tonces en ciertos ambientes, de que Francia era el foco irradiador de toda posible inmoralidad, y se encontrará un cuadro más completo sobre las razones de la aludida nacionalización.

La discusión sobre el naturalismo prolongaba, de manera más virulenta, otra anterior en torno al realismo, discusión en la que el eje del debate había sido precisamente la pretendida inmoralidad de la literatura francesa. Nada de particular tiene que cuando Alarcón, en sus *Juicios literarios y artísticos* de 1883, dirigió sus dardos contra la nueva literatura entendiera esta como continuación de aquella realista contra la que se había manifestado años atrás. Había, como ha dejado de manifiesto Davis, una línea de continuidad:

The earliest manifestation of the debate was a seemingly indiscriminate attack on all French writing, even on the work of Victor Hugo, and especially on the theater of social realism as represented by the plays of Alexander Dumas, fils<sup>46</sup>.

La nacionalización tenía ya, por tanto, un antecedente. Viene aquí a propósito la distinción establecida por Mitterand y Jacques Beyrie entre el discurso y la práctica naturalista<sup>47</sup> (distinción, por cierto, rechazada rotundamente por Chevel<sup>48</sup>). Las más recientes teorías de uno y otro retoman la idea de la discrepancia entre un discurso ciertamente rígido y una traducción literaria más abierta a sugerencias, simbolismos, rasgos de estilo, etc., de lo que la teoría de aquel permite.

La pregunta inmediata, constatada esta divergencia que disocia al teórico del novelista, es en qué medida el hecho se produce también en el naturalismo español. A Lissorgues corresponde la siguiente afirmación:

Durante los últimos años, los investigadores y los críticos se han empeñado en deslindar dos actitudes de naturaleza distinta, aunque fuertemente relacionadas: la que elabora el discurso naturalista y la que se dedica a la creación (necesariamente imaginativa) del mundo novelesco<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> «The Spanish Debate over Idealism and Realism before the Impact of Zola's Naturalism», *Papers of the Modern Language Association of America*, LXXXIV (oct. 1969), págs. 1649-56.

<sup>47</sup> «Le discours naturaliste théorise un roman qui n'a pas été écrit» (H. Mitterand, *Zola et le naturalisme*, París, Presses Universitaires de France, 1986, pág. 19). Cf., de Beyrie, «A propósito del naturalismo: problemas de terminología y de perspectiva literaria en la segunda mitad del siglo XIX», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, págs. 33-46.

<sup>48</sup> «Au contraire: Zola-théoricien et Zola-créateur ne font qu'un: il y a cohérence profonde entre l'auteur des *Rougon-Macquart* et celui du *Roman expérimental*» (*Le naturalisme. Étude d'un mouvement littéraire international*, París: Presses Universitaires de France, 21993, pág. 217).

<sup>49</sup> «El naturalismo y la novela», en Francisco Rico e Iris M. Zavala, *Historia y crítica de la literatura española, 5/1. Romanticismo y realismo. Primer suplemento*, Barcelona: Crítica, 1994, pág. 244.

El interrogante a que aludo solo tendría sentido si en realidad se diera discrepancia entre teoría y práctica. Lo cierto es que, excluidos los autores del naturalismo más marginal, discurso y novela del naturalismo español vienen a coincidir en un punto intermedio que siempre fue concebido como ideal deseable. En no pocos textos de nuestros novelistas podría rastrearse ese propósito de no llevar hasta el exceso el planteamiento de Zola y dejar así una vía de escape para el humanismo, la religión, la bondad, el optimismo, el humor. En Clarín, por ejemplo, cuando defiende en un artículo relativamente temprano (*El Imparcial*, 16 de agosto de 1880) la idea de que «el realismo verdadero abarca la moderna escuela [naturalista], que se cree única legítima, y el postergado idealismo, de glorioso abolengo».

No hace falta insistir en que el presupuesto naturalista básico, el del determinismo, no alcanzó en España el relevante papel que le había concedido Zola. Pero podrían citarse otros ejemplos de cuestionamiento práctico de la teoría. El llevado a cabo sobre el concepto de *novela experimental*, por ejemplo. Lissorgues ha demostrado, hablando del naturalismo español radical, la falacia de la experimentación aplicada al texto narrativo, pero su apreciación sería ampliable a todo el discurso naturalista: se pretende demostrar algo con la novela, cuando lo cierto es que el autor experimental parte de un apriorismo que hace innecesario el mismo experimento. De esa realidad se deduce la paradójica consecuencia de que el naturalista radical (López Bago, por ejemplo) termina escribiendo novelas de tesis<sup>50</sup>. El hecho de que López Bago defendiera en 1884 (*El Progreso*, 3 de marzo) una literatura necesitada de lo bueno, lo bello y lo verdadero, o la pasión que por la Belleza siempre sintió otro naturalista radical, Alejandro Sawa<sup>51</sup>, puede no ser tan sorprendente si consideramos que la contradicción estaba implícita en el propio sistema de ideas del escritor rígidamente naturalista.

En ningún autor se evidenciaron esas tensiones entre extremos con más claridad que en Pardo Bazán, naturalista y católica a la vez, en una síntesis

<sup>50</sup> «El *naturalismo radical*: Eduardo López Bago (y Alejandro Sawa)», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, págs. 237-52. Véase la siguiente afirmación de P. Fernández en su minucioso libro *Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX* (Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1995): «La novela acuñada por López Bago se gesta *ad maiorem gloriam* de la ciencia experimental y de la filosofía positivista, con el resultado paradójico de que el espíritu tendencioso y el recurso frecuente del tremendismo restan credibilidad y valor científico al proyecto» (pág. 71).

<sup>51</sup> Cf. su apéndice a la novela de López Bago *El cura*, reproducido en el artículo de Miguel Ángel Lozano Marco «El naturalismo radical: Eduardo López Bago. Un texto desconocido de Alejandro Sawa» (*Anales de Literatura Española*, II (1983), págs. 341-60). Sawa elogia las controvertidas novelas de su colega, pero sobre todo *La buscona* (precisamente la menos *radical* de las publicadas por López Bago hasta entonces), tomando partido por una realidad no degradada.

imposible que al propio Zola habría de sorprender, aunque haya quien sugiera que «su intento de *salvar las apariencias* desde el catolicismo no resulta tan contradictorio como en ocasiones se ha señalado»<sup>52</sup>. Sin duda que a la escritora gallega la satisfaría en grado sumo aquella reseña de Jesús Murais (*El Imparcial*, 27 de febrero de 1882) que señalaba *Un viaje de novios* como punto intermedio entre idealismo y naturalismo. A fin de cuentas, esa integración de elementos no precisamente homogéneos fue su caballo de batalla, aunque la crítica posterior haya dejado claro que, como escribió Robin, el eclecticismo «est certainement l'opposé de *naturalisme*»<sup>53</sup>. En cualquier caso, no es a Pardo Bazán a quien ha de atribuirse la originalidad de la idea sintética; si acaso, la insistencia en ella. En 1880, por ejemplo, ya Julio Nombela había reprochado al naturalismo exactamente lo mismo que censuraría de él Pardo Bazán muy poco tiempo después: su olvido de la realidad no material, de la realidad espiritual (*El Demócrata*, 24 de abril). No pasaría un año antes de que la escritora recogiera la idea en su prólogo a *Un viaje de novios*.

Si, como parece evidente, sin la aceptación del determinismo no es posible jugar con las cartas naturalistas, ni siquiera Pardo Bazán (o, si se prefiere, ella menos que nadie) podría iniciar la partida reclamada por el debate sobre la nueva tendencia. Cuando la síntesis de discurso y novela pudo por fin encontrarse, la discusión había perdido sentido, porque Zola ya no era el punto de referencia, sustituido a esas alturas (1888, año en que parece que se introduce en España la literatura rusa, aunque ya en 1887 Pardo Bazán había publicado *La revolución y la novela en Rusia*) por nombres como los de Dostoyevski o Tolstoi. Fue entonces (desde el capítulo CI de *Fortunata y Jacinta*, y no desde años atrás, como quiere la interpretación de Mariano López Sanz<sup>54</sup>) cuando se pudo hablar de *naturalismo espiritual* o, en su defecto, de *idealismo*, *moralismo*, *espiritualismo*, *novela de ideas*, *psicologismo*<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> Delfín García Guerrero, *La condición humana en Emilia Pardo Bazán*, La Coruña: Xuntanza, 1990, pág. 336. En sentido similar se pronuncia N. Clemessy, para quien «la paradoja existente entre las convicciones religiosas de doña Emilia y sus ideas sobre el naturalismo es [...] solo aparente. La autora de *La cuestión palpitante* profesaba un catolicismo enérgico pero tolerante; su fe era sincera y firme, pero en absoluto militante como creía Zola» (*Emilia Pardo Bazán como novelista (de la teoría a la práctica)*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981, pág. 109).

<sup>53</sup> «Pour une définition du naturalisme en Espagne», en vv. AA., *Aspects du XIX<sup>e</sup> siècle ibérique et ibéro-américain. Actes du XX<sup>e</sup> Congrès de la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Lille: Universidad, 1977, pág. 49.

<sup>54</sup> Cf. *Naturalismo y espiritualismo en la novelística de Galdós y Pardo Bazán*, Madrid: Pliegos, 1985.

<sup>55</sup> Como escribe Inmaculada Ballano, «en cualquiera de los casos, se trataba de la manifestación de un sentimiento de repulsa hacia la exagerada pintura naturalista de la realidad externa al sujeto» («El psicologismo francés de fin de siglo y Emilia Pardo Bazán», en Francisco Lafarga (ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona: PPU, 1989, pág. 338).

Pero esta vez el proceso no había necesitado un empuje externo, porque el sustrato integrador (la deseada amalgama de realismo e idealismo) ya tenía cierta consistencia. Seguramente no fue el conocimiento de la novelística rusa lo que impulsó el nacimiento de ese naturalismo espiritual, sino que este encontró en aquella un motivo más para afianzarse<sup>56</sup>.

Tras un laborioso proceso de autoindagación, nuestra novela (la de Pardo Bazán, Galdós, Clarín, Palacio Valdés) había alcanzado la síntesis por la que luchó desde el principio. Pero el naturalismo ya era irreconocible y, además, había dejado de ser motivo de controversia. El proceso ha sido documentado, para los casos de Galdós y Clarín sobre todo, por Stephen Miller. La proximidad de ese fin de siglo que deja de identificarse con el realismo/naturalismo se traslada a la literatura en datos tales como la sustitución de lo que Miller denomina una «imitación de la sociedad nacional» que «descansaba sobre una compenetración de lo individual y de lo colectivo»<sup>57</sup>, compenetración a la que pronto renunciará el escritor para refugiarse en el primero de estos mundos. Esa es, en definitiva, la fase final de los novelistas que pudieron ser considerados más o menos próximos al naturalismo.

Ya antes de la acuñación del concepto de *naturalismo* había flotado en el ambiente la conciencia de las peculiaridades de la narrativa española: en su folleto *Le naturalisme en Espagne. Simples notes*, fechado en 1885, Albert Savine marcaba la distancia existente entre la novela naturalista de su país y la española en el mayor espiritualismo de esta, católica y por ello (completaba Savine) jamás pesimista<sup>58</sup>.

Sin necesidad de recurrir a fuentes secundarias, he localizado no menos de cuarenta rasgos distintivos del naturalismo español. Tantos, que fuerzan a plantearse la diferenciación del naturalismo con respecto a otros ismos. Obviaré los posibles contactos entre el costumbrismo y el naturalismo (contactos admitidos por Baquero Goyanes, Roselli y Pattison<sup>59</sup>), porque el vínculo parece más casual que de fondo. A las concomitancias del naturalismo con el folletín serían aplicables idénticas consideraciones a las que otros estudiosos han efectuado a propósito del realismo y sus vínculos con la nove-

<sup>56</sup> Como recuerda Oleza, en España «el modelo ruso no fue visto siempre como un modelo alternativo al francés, sino al naturalista; [...] en Francia hubo asimismo un movimiento literario convergente con el espiritualismo ruso, de una importancia decisiva para el fin de siglo» («Espiritualismo y fin de siglo: convergencia y divergencia de respuestas», en F. Lafarga (ed.), *Imágenes de Francia*, pág. 78).

<sup>57</sup> *Del realismo/naturalismo al modernismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901)*, Las Palmas: Cabillo Insular de Gran Canaria, 1993, pág. 27.

<sup>58</sup> El folleto de Savine lo comenta Pattison.

<sup>59</sup> También Ignacio Elizalde, «El naturalismo de Pérez Galdós», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, pág. 470.

la popular. Me interesa mucho más estrechar los lazos entre el naturalismo y el realismo por un lado y el naturalismo y el romanticismo por otro.

La confusión francesa entre realismo y naturalismo se trasplantó pronto a España. Fue para algunos una simple «cuestión de nombre»: así lo escribía, contradiciendo a Aureliano J. Pereira, Luis Vidart («Dos cartas acerca del naturalismo en el arte literario», *Revista de España*, 88 [sept.-oct. 1882], pág. 528). De ahí que, por ejemplo, cuando en 1882 el mismo autor reseñara *Un viaje de novios*, de Pardo Bazán, hablase de la «profesión de fe realista o naturalista» de la autora gallega («El naturalismo en el arte literario y la novela de costumbres», *Revista de España*, 85 [mar.-ab. 1882], pág. 183). De ahí, también, que en su prólogo de *Marta y María* (1883) Palacio Valdés hablara de «el realismo —actualmente llamado naturalismo—». Felipe Benicio Navarro, sin embargo, alababa el buen acuerdo de diferenciar ambos cuando reseñaba *De tal palo, tal astilla*, de Pereda (*Revista de España*, 75 [jul.-ag. 1880]). Marcelino Menéndez Pelayo, al hablar de Pereda (y en fecha temprana: 1880), dejaba constancia de esta confusión entre realismo y naturalismo, al escribir que «como el sentido de las palabras anda tan trocado [...] hemos llegado a no entendernos» (*Ilustración Española y Americana*, 8 de abril). Es el mismo desconcierto que llegó a confesar implícitamente la propia Pardo Bazán cuando se preguntaba si la novela de Pereda *Pedro Sánchez* «es realista, o naturalista, o ambas cosas a un mismo tiempo, o ninguna de las dos» (*El Imparcial*, 31 de mayo de 1884)<sup>60</sup>.

Lo habitual ha sido apelar, para ensayar la diferenciación, a aspectos temáticos como la ambientación preferentemente burguesa del realismo, frente a los bajos fondos por los que en general optó el naturalismo. Esa preocupación casi exclusiva por lo temático dio pie a libros científicos o jurídicos que tomaban la literatura naturalista de pretexto para exposiciones como la de Benito Mariano Andrade hablando de *La antropología criminal y la novela naturalista*<sup>61</sup>. Quizá el primer intento de dar carácter formal a la escritura naturalista lo esbozó, anticipándose a observaciones posteriores de Baquero Goyanes, A. J. Pereira, en un artículo publicado en 1882 («Dos cartas acerca del naturalismo», *Revista de España*, tomo 88), en el que esbozaba la

<sup>60</sup> Rafael Altamira proponía en *La Ilustración Ibérica* de ab.-oct. 1886 el vocablo *experimentalismo*. Pero González Serrano hablaba del *idealismo* de los naturalistas, que «bordan con filigranas de forma el asunto de sus creaciones, satisfacen quizás los anhelos de protesta contra necias convenciones sociales; pero en medio de todo, no son *realistas*, como pretenden, sino *idealistas*, aun renegando el *idealismo*» («La novela naturalista», *La Ilustración Ibérica*, 9 feb. 1884). Remachaba en otro artículo: «Zola tiene vestidura empírica que oculta su exaltación *idealista*» («El arte naturalista», *Revista de España*, 15 jul. 1885). Cf., en un sentido similar, Augusto Charro-Hidalgo Díaz («Don José María de Pereda», *Revista Contemporánea*, 15 ab. 1884).

<sup>61</sup> Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1896.

distinción entre realismo y naturalismo sobre la base de la impersonalidad del narrador de este último.

Al discurso naturalista le interesó más el pensamiento que la forma de expresarlo. No es casual el hecho de que en el texto teórico más importante de Zola, «La novela experimental», la cuestión del estilo quedara relegada al capítulo final de la exposición, capítulo que además parece forzado. Recuérdense, por otra parte, cómo cuando Zola tuvo noticia de la existencia de una autora española naturalista, afirmó con rotundidad que, siendo Pardo Bazán católica, su acercamiento a la tendencia había de ser «puramente formal, artístico o literario» (palabras recogidas en varios números de *Revista de España*, 1891). Anteponía Zola, por tanto, las ideas al estilo, porque el naturalismo era para él, ante todo, pensamiento.

El concepto de *realismo* es en sí mismo atemporal. Así parece entenderlo Rolf Eberenz al titular su estudio sobre la producción cuentística de Pardo Bazán, Clarín y Blasco Ibáñez *Semiótica y morfología textual del cuento naturalista*, aduciendo (no sin razón) que «la palabra *realismo* empieza a carecer de fuerza definidora en literatura»<sup>62</sup>.

Es la conexión del naturalismo con el romanticismo la que me interesa en mayor medida. Pierre Martino hacía notar en su libro de 1923 que en 1864, aún lejana su consagración, Zola es «un romántico arrebatado, del género sentimental y humanitario, con una vaga filosofía panteísta»<sup>63</sup>. Ya Valera (artículos en *Revista de España*, 10 de septiembre de 1886 y 10 de febrero de 1887) se percató de la existencia de ese vínculo romántico, luego reafirmado para el ámbito español por Baquero Goyanes.

Sobejano ha enmarcado la literatura decimonónica en un esquema que presenta al personaje del romanticismo sobreponiéndose con su poesía al mundo prosaico; al realista, en tensión con este; al naturalista, vencido por él, y al modernista, ensimismado en un arte que se propone como refugio tras la derrota de los ideales<sup>64</sup>.

Biruté Ciplijauskaitė ha hablado de un *hipotexto romántico* que recorre las páginas del texto realista<sup>65</sup>. ¿Y por qué no también del naturalista? Porque si Zola heredó del romanticismo no pocos elementos, es lógico deducir que nuestro naturalismo escuchó por lo menos sus ecos<sup>66</sup>. Frente a la tesis de la

<sup>62</sup> *Semiótica y morfología textual del cuento naturalista*, Madrid, Gredos, 1989, pág. 21.

<sup>63</sup> *El naturalismo francés*, Buenos Aires: Huemul, 1967, pág. 33.

<sup>64</sup> Art. cit., págs. 584-85.

<sup>65</sup> Cf. «El romanticismo como hipotexto en el realismo», en Y. Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo*, págs. 90-97.

<sup>66</sup> E. Gómez Ortiz, en la memoria leída en el Ateneo madrileño y publicada en 1882 (*La América*, 8 y 28 en. y 8 feb.), dejaba entrever la existencia de la deuda romántica del naturalismo, sobre todo el de Daudet.



sucesión de movimientos literarios, ¿podría aventurarse la existencia de un gran hipotexto romántico ineludible para casi cualquier escritor del siglo XIX? ¿Sería esa idea tan fructífera como la distinción entre discurso y novela que se ha utilizado en el caso de Zola?

De hecho, el círculo de relaciones se estrecha con el modernismo finisecular, que Santiañez Tió ha propuesto vincular con la práctica naturalista<sup>67</sup>. Antes de terminar el siglo, nuestro naturalismo había discernido ya la deseada salida contemporizadora para el asfixiante mundo cerrado propuesto por el Zola inicial. Pero esta es la materia de otro trabajo.

---

<sup>67</sup> Cf. su artículo «En el umbral de las vanguardias: deseo y subversión en la novela naturalista española», *Bulletin Hispanique*, III (1995), págs. 583-604.